



La participación de los atletas de color en las próximas Olimpiadas sigue siendo problemática. En el caso de que acudan a la cita olímpica es más que probable que no suban al «podium» de los vencedores. Tommie Smith y Lee Evans, animadores del movimiento, en una prueba de relevos.

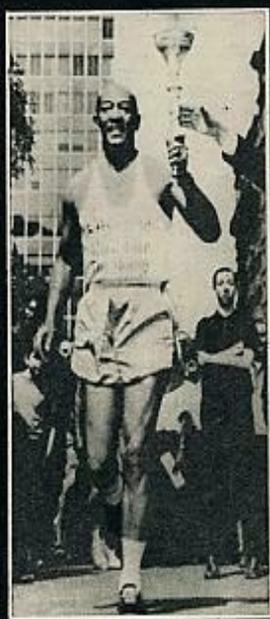
Deporte y racismo

LAS SORPRESAS DE MEJICO

NO HABRA ATLETAS NEGROS EN
EL «PODIUM»

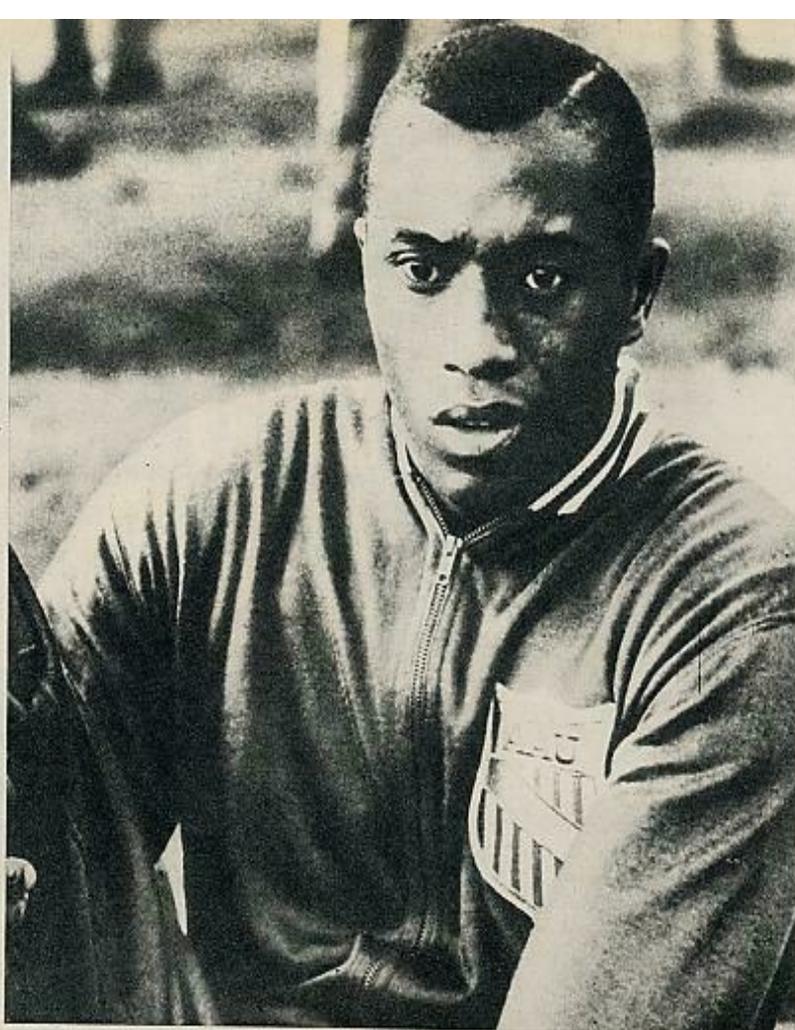
TOMMIE Smith es, sin duda, el mejor corredor del mundo. Está en posesión de ocho récords mundiales y forma parte de un equipo de relevos que ostenta otros tres. En este momento participa en las pruebas preolímpicas de selección que determinarán la composición del equipo americano de «la milla». Es más que cierto que ganará una medalla en Méjico y es probable que la rechace.

Tommie Smith es uno de los animadores del movimiento de los atletas negros que han amenazado con boicotear los Juegos Olímpicos pero que, en la actualidad, han cambiado de estrategia: ya no se resisten a participar en la competición sino que, al contrario, se entrenan duramente para conseguir su selección. Es en Méjico donde ellos quieren «dar el golpe» e indudablemente lo harán resistiéndose a subir al «podium» de los vencedores cuando hayan ganado alguna prueba. Si lo hacen, el



Jesse Owens, el gran triunfador en los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936, portando la antorcha olímpica.

«No vamos a esperar que el blanco encuentre todavía la posibilidad de hacernos una mala pasada», asegura el atleta Tommie Smith.



«podium» quedará frecuentemente vacío: en los Juegos de Tokio, hace cuatro años, los cincuenta negros del equipo americano consiguieron veinticinco medallas.

cuestión racial

Se puede calibrar hasta qué punto la masa de blancos desconoce la cuestión negra cuando se comprueba que sólo un puñado de ellos empieza a comprender el sentido del «boicot». La prensa liberal creyó, en principio, que se debía únicamente al hecho de que África del Sur había sido autorizada a participar en los Juegos y, cuando este país prometió que su equipo sería «integrado» —mientras seguía practicando en el país la segregación en materia deportiva—, se creyó que el asunto se había arreglado.

Más tarde, cuando África del Sur fue nuevamente excluida de la competición, nadie pensó que podría emprenderse una nueva acción. Lee Evans, uno de los compañeros negros de equipo de Tommie Smith, llegó a declarar, en aquella época, que el «boicot» había «muerto». Pero, al día siguiente, después de una conversación con Harry Edwards —profesor ayudante de Sociología—, Evans cambió de opinión. Para Edwards la cuestión de África del Sur era secundaria. «El verdadero problema —me declaró esta semana— lo constituye el racismo en la sociedad americana. Es preciso presentar a todos América tal como ella es».

El camino que conduce de la revuelta negra al cambio de régimen político no está tan claramente trazado como lo desearían los blancos, por muy liberales que sean. No es una

empresa fácil la de destruir las instituciones racistas en una sociedad levantada sobre ellas. Los negros son cogidos en la trampa de modo casi inextricable. Y resulta difícil no hacer nada que no les amarre todavía más estrechamente.

De este modo, los negros que se convierten en campeones —como los que consiguen ser figuras del cine o de la TV— sirven inicialmente de justificación al sistema social que tiene atrapados a sus hermanos de raza. Por el solo hecho de su existencia demuestran —al menos a los blancos— que los negros pueden «triunfar» y, por consiguiente, que no resulta necesario ningún cambio radical.

los «buenos chicos»

Pero los negros saben que, en el terreno de los deportes o del espectáculo, no tienen más papel que el de divertir. El actor Sidney Poitier, el dramaturgo Leroy Jones —y el atleta Tommie Smith— no son más que modernas reencarnaciones de los «trovadores» negros de antaño, de los «darkies» —los «buenos chicos» negros— que, en la mitología racista popular, son reputados de «tener sentido del ritmo», de «ser buenos para el deporte» y de estar dotados de una extraordinaria —y un poco culpable— potencia sexual. La sociedad blanca hace ganar mucho dinero a los negros que se convierten en «vedettes», pero su éxito no ha conseguido nunca mejorar la condición del conjunto de la comunidad negra. Treinta años después de que el gran «sprinter» negro Jesse Owens consiguiera sus victorias en los Juegos de Berlín, en 1936, la

suerte de los negros norteamericanos sigue siendo prácticamente la misma, y si ha cambiado un poco se debe a que otros negros se han negado a jugar por más tiempo el papel de «trovadores», y han ido directamente contra los tranquilizadores prejuicios de los blancos.

El racismo no ocasiona solamente el hacer difícil la organización de las acciones de protesta; también proporciona a los negros tantos valores blancos que les convierte en poco capaces de formular sus verdaderas exigencias. Las manifestaciones faltan siempre a su objetivo y los intelectuales liberales blancos pueden atacarlas diciendo de ellas que son «de mal gusto», que se organizan en «un mal momento» y que lo único que pueden hacer es «provocar un contragolpe».

«tenemos nuestra dignidad»

Al contrario que gran número de sus hermanos, Tommie Smith dice tranquilamente lo que piensa. Muy recientemente declaró a un periodista deportivo: «Nosotros tenemos nuestra dignidad y queremos ser tratados como tales. Nuestro objetivo no consiste solamente en mejorar la suerte de los compañeros de equipo, sino la de toda la comunidad negra. El «boicot» de los Juegos supone solamente una de las acciones de una larga serie».

La idea del «boicot» fue lanzada a raíz del primer Congreso Nacional del «Black Power», celebrado en Newark días después de la explosiva revuelta del «ghetto». El comunicado final del Congreso exigía, entre otras cosas, la restitución a Cassius Clay de su título de campeón del mundo de los pesos pesados (del que fue desposeído por negarse a ir al Vietnam) y la «segregación» de los clubs deportivos aficionados.

El mundo del deporte americano se felicita del éxito de los negros, pero, hasta una época reciente, les impedía estar en posesión de funciones más o menos directivas y de situaciones de prestigio. El «New York Athletic Club», que organiza cada año uno de los encuentros de atletismo más populares, no acepta participantes negros y solamente desde hace muy poco tiempo ha abierto sus puertas a un pequeño grupo de judíos. Hasta este año, ninguna de las grandes universidades tenía a un negro como entrenador. El equipo olímpico de atletismo tiene como entrenador a Payton Jordan, que califica a Harry Edwards, organizador del «boicot», de «sucio crítico». Jordan ha sido severamente criticado en la universidad de Stanford —donde ejerce normalmente como entrenador—, porque no acepta estudiantes negros en su equipo.

se han ganado cien años

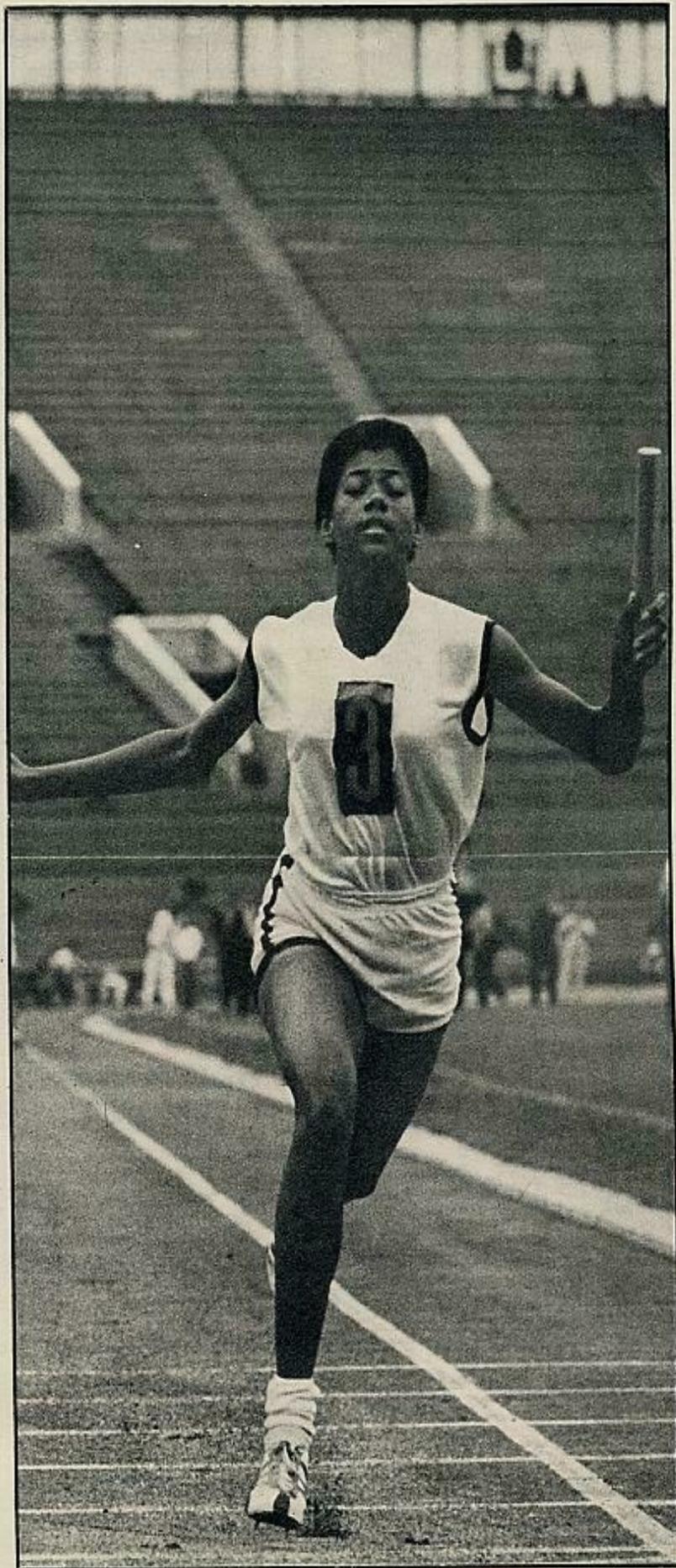
Este año, de forma brusca, los militantes negros se han enfrentado a todas las estructuras racistas del mundo deportivo. En Berkeley, los negros han rehusado formar parte de los equipos de «basket-balle» del «college» en tanto que el entrenador no reintegrara al equipo a un jugador negro que había apartado con el pretexto de que su corte de pelo no era reglamentario. La consigna del «boicot» fue seguida de un modo tan amplio que el entrenador fue expulsado y que el secretario general de deportes tuvo que presentar la dimisión. Después de esto, por primera vez en su historia, Berkeley contrató a un entrenador negro. Siguiendo este ejemplo, en algunos meses, dieciséis de los más grandes «colleges» y universidades del país, contrataron a su primer entrenador negro. En San José, donde el movimiento es más activo, ha sido contratado esta semana un segundo entrenador negro.

«Sin el movimiento de "boicot" —me ha dicho un periodista deportivo californiano— habrían sido precisos cien años para que todos estos negros hubieran sido enrolados en los equipos».

El movimiento tiene todavía otros efectos menos visibles. Los mejores jugadores de baloncesto del país —entre los que se encuentra el fenomenal Lew Alcindor, de la universidad de California, en Los Angeles— han renunciado a los Juegos Olímpicos, paralizando de este modo, definitivamente, el equipo americano. Las razones que han dado para respaldar su decisión son diversas, pero la opinión general se centra en que no quieren seguir haciéndole el juego a los blancos. De este modo, Lew Alcindor ha preferido también trabajar este verano con los niños de Harlem a ir a México.

Dicho esto, Harry Edwards no puede decir qué forma tomará el «boicot» y hasta dónde se irá. El atractivo de la gloria olímpica es todavía muy poderoso y, en todo caso, les corresponderá a los atletas negros decidir si, por el movimiento aceptan la renuncia —renuncia que incluye los elevados sueldos que pueden percibir en el deporte profesional—. Renunciar a la subida al «podium», en caso de victoria, es sólo una de las tácticas previstas. Podría haber otra: una vez seleccionados para los Juegos, no participar. La decisión final se tomará en el Congreso del «Black Power», en Filadelfia.

Sea lo que sea, les resultará difícil a los deportistas negros olvidar que su reivindicación fundamental en el «boicot» de los Juegos no es más que un aspecto menor. Muchos piensan como Tommie Smith: «Al primer perro que me muerda, le morderé yo —dijo—. No esperaremos que el blanco encuentre la posibilidad de hacernos "una mala pasada"». ■ **ANDREW KOPKIND.** Fotos: CIFRA y ARCHIVO.



**LAS
SORPRESAS
DE
MÉJICO**